

Historia de Napoleón

C O L E C C I Ó N

TEUTILA CORREA DE CARTER

Premios de Cuento

José Manuel Piña Gutiérrez
Rector

Historia de Napoleón

Diana Barrera

Premio Universitario de Cuento
“Teutila Correa de Carter”

Feria Universitaria del Libro de Tabasco 2014

El H. Jurado estuvo integrado por los escritores:

Marcos Rojas Gutiérrez

Vicente Gómez Montero

Sergio Ricardo Arenas Martínez



Universidad Juárez Autónoma de Tabasco

Primera edición, 2015

DR ©Universidad Juárez Autónoma de Tabasco
Zona de la Cultura. Colonia Magisterial
Avenida Universidad s/n C. P. 86040
Villahermosa, Centro. Tabasco.

Queda prohibida la reproducción parcial o total del contenido de la presente obra sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito del titular en términos de la Ley Federal del Derecho de Autor.

Para su publicación esta obra ha sido dictaminada por el sistema académico de “pares ciegos”. Los juicios expresados son responsabilidad del autor.

Ilustración de portada: Carlos Dzul
Diseño de portada: Luis Acopa

ISBN:978-607-606-255-5

Impreso y hecho en Villahermosa, Tabasco, México.

Sujeydi iba caminando a la Universidad una mañana cuando vio, allí en la esquina, parado junto a un puesto de jugos, a Fulanito y apenas lo vio se quedó tiesa, ¡no pudo seguir caminando, la estúpida!, ¿Por qué? Pues porque Fulanito era guapísimo: horrible, espeluznantemente hermoso. Las piernas de Sujeydi se congelaron, el corazón se le detuvo unos momentos y los ojos, deslumbrados, le comenzaron a lagrimear frente a tanta belleza. ¿Les ha pasado? Varios carros le pitaban para que se moviera porque la pobre se había detenido justo a media calle y más de un señor enfurruñado, de esos calvos narigones que siempre están de prisa, le gritaba tremebundas leperadas que por supuesto no reproduciremos aquí por ser éste un cuento bienhablado.

Fulanito, El Hermoso, (cuya vida no nos interesa por el momento) compró un jugo de naranja con fresa, excelente para el cutis, y dio la vuelta y echó a andar y Sujeydi vio su espalda, que también era hermosa, y cómo se alejaba para siempre de su vida,

cosa que ella no estaba dispuesta a permitir. Antes muerta, pensó. Y siguió pensando, mientras el concierto de claxons retumbaba alrededor: Tengo que detenerlo, tengo que hacer que dé la vuelta y ponga sus ojos en mí, y no sólo sus ojos, también sus manos, que seguro son suaves, y de ser posible, si no es mucha molestia, su Amor.

6 Sujeydi estaba más bien loca, ya se habrán dado cuenta.

Cualquier muchacha en esta situación (y “esta situación” es mucho más común de lo que ustedes piensan) hubiera corrido tras Fulanito, o bien, para no verse tan desesperada, hubiera caminado tras él, como no queriendo, hasta alcanzarlo y entonces por hacerle plática le hubiera preguntado “¿qué hora tienes, oyes?” o tal vez “disculpa, ¿sabes dónde queda la Universidad?” o cualquier otra cosa. Pero Sujeydi no era una muchacha cualquiera. Estaba zafada. Si no lo creen, vean lo que hizo.

Le chifló. Sí, le chifló a Fulanito.

Y no fue un chiflido cualquiera.

En ese chiflido, ella, Sujeydi, la muchacha más botada de la mente que jamás haya existido, metió mil cosas. Metió, por

ejemplo, su Corazón, con mayúsculas y sus piernas, en minúscula, porque eran más bien flacas, y sus Ojos, que eran más bien negros, y su Risa, que era la risa de una niña de tres años, y una foto de su abuela (nadie sabe por qué) y Un Par de Canciones y el sabor del Refresco de Cola que era, después de Fulanito, lo que más le fascinaba.

Como estaba zafadita, Sujeydi esperaba que Todo Eso llegara hasta los oídos de Fulanito y que de allí alcanzara su cerebro, un cerebro guapísimo seguramente, y que entonces él volteara y la encontrara allí, a media calle, estática, con los labios apretujados, tapando el tráfico, y dijera para sí: qué chica tan interesante.

Quién sabe si el Chiflido Superpoderoso, el Chiflido Cargado de Mil Cosas Mías o como quieran llamarlo, hubiera funcionado. El hecho es que ni siquiera llegó a producirse.

Sujeydi al final no le chifló a Fulanito. Intentó, nada más. Quizá por los nervios – porque los labios le temblaban harto- le salió chueco el chiflido y en vez del dardo mágico y afrodisíaco que se suponía que fuera, salió convertido en..., un... Viento.

Un viento mala onda (ahorita van a ver por qué) llamado Napoleón.

Sí, Napoleón es el protagonista de este cuento.

Lo sentimos.

No bien nació de los apretujados labios de Sujeydi, se dedicó a cometer mil y una travesuras.

8 ¿Por qué se llamaba Napoleón?, estarán preguntándose. Pues porque era chiquito y soberbio. ¡Y basta ya de explicaciones!

La primera travesura que hizo, que apenas merece llamarse así, fue levantar del piso un montón de hojas muertas y fabricar con ellas un remolino, que por cierto le salió bastante bien y fue muy lindo de mirar durante los cuatro o seis segundos que duró.

Las hojas muertas, de paso, le estorbaron el camino a Jesús, un chico pobre y feo que pasaba por ahí, llevando un par de flores en la mano, porque no le alcanzó para más. Tropezó con las hojas, el muy distraído, y por poco termina en la calle, donde es casi seguro que lo habrían atropellado.

Y tal vez hubiera sido lo mejor.

Porque resulta que iba de camino a su cita con Ivana, la chica de sus sueños, que

era una desgraciada. Después de mil ruegos por fin le había dicho que saldría con él, mas no porque *quisiera* sino porque aquella tarde la tenía libre y le daba lo mismo. Jesús era feo, ya dijimos, pero no completa y absolutamente. Había en él una cosa bella, tan sólo una, que lo salvaba de ser un monstruo y del total desprecio de la sociedad, y era nada menos que su mirada. No es que sus ojos fueran azules o verdes, pero sí muy expresivos, con lo cual queremos decir que eran como dos ventanas abiertas, o como un *mirador* que daba hacia una ciudad: la Ciudad de la Tristeza que Jesús llevaba dentro de sí. Un espectáculo digno de contemplar.

9

Uno era capaz de perdonarle que fuera tan feo, nada más que por esa mirada.

Napoleón lo comprendió al instante y soltó una risita: *huihuihiu*. Se frotó sus manitas de viento, dejó caer al suelo el montón de hojas que había levantado y fum, arremetió contra Jesús.

Le pasó por la cara y con eso bastó.

Le cruzó los ojos, queridos lectores, dejándolo estrábico para siempre. Ahora sí que parecía un pinche monstruo, ahora sí que nadie lo iba a querer.

Desde entonces lo llaman Chucho El Bizco, o simplemente, y para mayor acidez: El Bizcocho.

Ivana, al verlo, bueno... la escena es tan patética..., mejor nos la brincamos.

10 Napoleón estaba tan feliz con su maldad que para celebrar le alzó la falda a dos o tres o nueve muchachas que pasaban y desde luegoísimo que aprovechó para mirarles los calzones porque no era nada tonto. Sólo que después de haber visto veinticinco calzones (veinte rojos, tres azul cielo, uno negro y uno blanco) le pareció que aquello resultaba demasiado fácil y que iba siendo hora de llevar a cabo una maldad un poco más interesante.

Fue entonces cuando, caminando por el centro, descubrió a Susana.

Una morena de piernas largas y rotundas, de caderas que se movían como un péndulo infernal y una cabellera que... en fin, ya sabemos cómo son estas mujeres. Verdaderas diosas terrenales. Van por la calle despertando fantasías, calentando la sangre -y quién sabe qué más- de los hombres, y ni les importa.

Pero la víctima de la maldad de Napoleón no sería Susana sino un señor flaco,

de lentes, cuyo nombre no ha llegado hasta nosotros, que la miraba embelesado desde una esquina, imaginando que le hacía mil y una cochinas que nada más de pensarlo nos dan ganas de no seguir escribiendo. Era la mujer más hermosa que el infeliz había visto y que jamás vería en su puta vida y no conforme con imaginarla desnuda, en la cama (lo que todavía es comprensible) imaginó además, el tonto, que se casaba con ella, que tenían hijos, que iban al supermercado y a fiestas y tralalá tralalá.

11

Qué tipo más ingenuo, pensó Napoleón, que todo lo sabía, y sólo por eso decidió castigarlo. *¡Porque si algo no tolero es la ingenuidad!* Levantaría la falda de Susana y dejaría traumatizado al pobre tipo de por vida. *Huiuiuiui.*

En realidad no había mucho que levantar, queridos lectores, porque la minifalda de Susana le llegaba a duras penas hasta las rodillas, dejen ustedes las rodillas, con trabajo le tapaba la pantaleta, pero allí estaba el reto, precisamente: cómo levantar algo que casi no existe.

Napoleón tronó sus musculosos dedos de viento, antes de salir disparado como un rayo.

Y ¡Fum!, levantó cuanto pudo, que no fue mucho, la super-hiper-mega-minifalda susanesca y esto fue lo que pasó.

Los demás peatones, paralizados, iluminados, vieron lo que se suponía que vieran bajo la falda de una diosa terrenal, o sea: El Paraíso.

12 El Señor Ingenuo, en cambio, sólo él, por cortesía de Napoleón, vio..., un..., un... Elefante.

Orejonsísimo y con una trompa larga larga larga.

PRRRRIITT, hizo el pinche animal, PRRRIITT.

¿Wsdjfsdfksjdf?, pensó el Señor Ingenuo, un segundo antes de perder la razón.

Susana, tranquila, se compuso la ropa y retomó su camino, bajo un huracán de piropos y albures, pero el Señor Ingenuo, insistimos, enloqueció en el acto, NOOOOO, comenzó a gritar, tirado en el suelo y, bueno, le tuvieron que dar de patadas y llevarlo al manicomio.

Napoleón moría de risa.

Chocaba contra las paredes, intentando controlar las carcajadas; daba giros, ¡echó a volar!

Y cuando recobró la paz y había secado las últimas lágrimas de sus mejillas, parado sobre una nube, con los brazos en jarras, pensó: *carajo, si soy capaz de meter un Elefante bajo una falda microscópica, soy capaz de todo, incluso de formar parte del Secreto y Milenario Clan de Los Cuatro Vientos.*

Ay, Napoleón, qué pretencioso fuiste.

El Clan de Los Cuatro Vientos, para quienes no lo sepan, está conformado por Máximus (Norte), Robertus (Este), Humbertus (Oeste) y en algún momento también por Fernandus, el Viento del Sur, que había muerto por la calor.

Napoleón empuñó un ramo de nubes y las hizo entrechocar y echar chispas, ¡prac prac prac!, provocando con ello que se desatara sobre Villahermosa una lluvia que duró seis días con sus noches, pero no nos detengamos en detalles. Los Tres Legendarios Vientos, alarmados por la bulla, corrieron a ver qué demonios pasaba y al llegar al corazón de la tormenta se encontraron nada menos que con un viento chiquito, que parecía estarlos esperando, cruzado de brazos, y que al verlos llegar les dirigió una mirada de altanera indiferencia. Y no sólo

eso, además, con indolente voz, les largó el siguiente discurso: *Caballeros, los he convocado aquí porque, ejem, considero mi deber informarles que he decidido unirme al Clan. Aunque en realidad no tengo ni un día de nacido, pienso que mis hazañas, que les contaré con gusto más adelante, me acreditan como un Viento Fuerte, Talentoso, Genial y, en una palabra, Chingón, de modo que me considero digno de sustituir al fallecido Fernandus, que en paz descanse. Bien, he dicho. Dónde hay que firmar. Supongo que tendrán algún ritual de iniciación o yo qué sé. ¿Caballeros?*

Los Tres Honorables Vientos del Clan intercambiaron miradas estupefactas y guardaron un silencio incrédulo, hasta que....

Insolente, dijo Máximus, mesándose la barba.

Qué chiquito es, dijo Humbertus, en medio de una risita.

Curioso, curioso, suspiró el flemático Robertus, atusándose el bigote.

Lo mejor sería, iba a sugerir Humbertus, pero...

¡INSOLENTE!, lo interrumpió Máximus, que no salía de su indignación. *¿Qué se ha creído usted que somos, señor?...*

Napoleón, dijo el interfecto.

Señor Na-po-le-ón, dijo Máximus, como con asco: ¡Este es el Secreto y Milenario Clan de Los Cuatro Vientos, maldita sea! ¡No un Club de Canasta ni una Banda de Gitanos! ¡No cualquiera puede entrar balbuceando cualquier discursillo! ¡Con una...!

Tranquilo, le dijo Humbertus.

Eeeh, um, ejem, tartamudeaba Napoleón, atribulado.

15

Usted ha dicho algo sobre unas "hazañas", dijo Robertus, levantando una ceja.

Insolente, susurraba Máximus, muerto de coraje.

Cuéntenos, dijo Humbertus, poniéndose cómodo.

Será un placer, ejem, dijo Napoleón y (bajo la mirada relampagueante del Viento del Norte) se aprestó a relatar las que él consideraba sus grandes proezas y que no eran en realidad otra cosa que las travesuras que les hemos venido relatando; infló el pecho, levantó las manos y engruesó la voz, para darle un tono épico al asunto. *Primero hice esto, dijo, luego hice esto otro, luego yo y yo y yo y...* Con cuánto orgullo repasó su biografía, llena, según él, de grandes logros.

Y cuando acabó... hubieran visto las caras de Máximus, Robertus y Humbertus: parecían de piedra, de una piedra que de pronto se rompió:

¿*Elefante?*, jajaja

¿*Bizcocho?*, jajaja

Muchacho, eres más entretenido que desbaratar una ciudad, dijo Máximus, experto en huracanes.

16

Napoleón estaba que tiraba fuego por las orejas. Cómo podían encontrar “divertida” su brillante trayectoria: *¡También provoqué una tormenta!*, dijo, desesperado porque lo tomaran en serio, pero sólo consiguió que los Vientos Mayores redoblaran el furor de sus risas milenarias: *JUARJUARJUARRRRR*.

Cuando se hartaron de reír, hicieron team back y Napoleón, intrigado, los oyó bisbisear y bisbisear durante horas. Hablaban de él, obviamente. Pero qué estarían diciendo. Cuántas injurias no le estarían ensartando: Vientucho De Quinta, Pedo Insolente... Nuestro héroe imaginaba lo peor y cuando, por fin, acabaron con el bisbiseo, Máximus, Humbertus y Robertus rodearon a Napo (llamémoslo así de cariño) y se dirigieron a él en los siguientes términos.

Es usted muy simpático, no se puede negar, dijo Robertus.

Y la vida de un Viento Milenario puede ser monótona, después de algunos siglos, dijo Humbertus.

Hemos decidido que serás parte del Clan, dijo Máximus.

Ah, ya decía yo, suspiró el buen Napo y estaba por largar otro discurso cuando...

Te llamarás Chiflidín y nos harás reír cuando nos aburramos, dijo Robertus.

¿Qué?, dijo Napo, haciendo cara de tal mal podrido.

Serás la mascota del Clan, dijo Humbertus.

El Bufón del Clan, si lo prefieres, dijo Máximus, mostrando una benévola sonrisa.

Napoleón por poco se atraganta: *¿¡Mascota!?, ¿¡Bufón!?* Vayan y...

Si quisiéramos transcribir aquí la retahíla de malas palabras que siguió, tendríamos que transformar este cuento en novela.

Ofendidos ante tal desfachatez, colmadas las paciencias, los Vientos del Clan, ¡FOZZZ!, soplaron sobre Napoleón, lo derribaron de su nube y cayó nuestro héroe kilómetros enteros para terminar estrellán-

dose otra vez en Villahermosa, la pequeña y fantástica ciudad.

La lluvia que él mismo había desatado lo recibió con sus miles de fríos agujijones: pin pin pin pin pin pin pin pin...

Imagínense lo encabronado que estaba de por sí, por la humillación que había sufrido, y encima pin pin pin pin...

18

Hambriento de desquite, fue a meterse en el primer edificio que encontró, que resultó ser una iglesia y a toda la gente que allí estaba, que ni le habían hecho nada, “se las aplicó”. Para empezar, había una larga fila de señoras muy dignas, que estaban sentadas unas a lado de otras, muy rectas y correctas. Pues bien, Napoleón, rabioso por vengarse, fue a metérseles debajo de las faldas, primero a una y luego a otra y luego a otra, y no sabemos qué palanca les movió allí adentro (o sí sabemos pero no lo queremos decir, por ser este un cuento bienhablado), que ellas gemían y gritaban aleluya con tremendo escándalo.

El sacerdote, espantado por el griterío, detuvo el sermón y a pique estaba de emitir una censura cuando Napoleón, el sinvergüenza, fue y también se le introdujo a él

por salva sea la parte y... por consideración al funcionario religioso no describiremos cómo cruceteó las piernas, ni cómo se le re- viraban los ojos, al parecer de contento, ni con qué ruido tronó Napoleón al salir por donde había entrado.

Un monaguillo, que no merecería serlo, echó a reír ante el ridículo que estaba sus- citándose y Napoleón, a quien no se le iba una, lo tomó por la nuca y lo sacó a la calle a punta de empujones gélidos, haciéndolo caer adentro de una alcantarilla destapada. Encarrilado, hizo lo mismo con tres mona- guillos más, y con un triste señor que no más pasaba por allí.

Mucha gente, dentro y fuera de la iglesia, rompió en gritos de horror, y cómo no, si nadie comprendía lo que estaba sucedien- do. Hasta el fin de sus vidas creyeron (so- bre todo las señoras rectas) que había sido el Diablo, su mano peluda, el culpable de... vamos, pues de todo aquello.

Napoleón, cumplida su venganza, fue impactado por un camión nada menos que de cerveza, que por poco lo hace trizas, mas corrió con suerte, el cabrón, y alcanzó la banqueta, resoplando. Así anduvo un tre-

cho, borracho de furia, entre cayéndose y levantándose.

Hasta que vio, delante suyo, como si de un árbol seco se tratara, la espalda encorvada de una muchachita. Detuvo allí por un momento su trastabillante marcha y la observó con calma: iba de tenis, vestido corto y llevaba una mochila pintada con flores.

20 Era nada menos que Sujeydi. La Chica de Los Chiflidos. La Mamá de Napo.

Napo ni sabía que tenía mamá (así pasa) y dio en revolar alrededor de ella, pensando en qué travesura podía cometer. Pero al cabo se retractó. Es que había en Sujeydi, en sus ojos y en su caminar, algo como un desierto, como una desolación muy grande que Napoleón creyó reconocer (*¿ñam ñam dónde la he visto?*) y, por eso, por curiosidad, se puso mejor a observarla.

Sujeydi, La Débil, daba un paso, luego otro, luego otro, como si ya no le quedara mucha cuerda, y miraba al suelo como si quisiera ser parte de él.

Y al doblar una esquina, para colmo de males, va y se topa otra vez con Fulanito.

La historia es un círculo, mis queridos lectores, ya lo dijo no sé quién (creo que mi perro).

Fulanito, El Hermoso, pues nada, salió nomás a la calle a lucir el rostro, como tiene por costumbre. Ni le afecta que esté lloviendo, que haga sol, que sea de día o de noche. Él siempre tiene que salir a la calle lucir el rostro, a como dé lugar. Y no lo culpamos.

Sujeydi casi ha chocado con él y de milagro no ha muerto de la impresión.

Lo tiene allí, a centímetros. ¡Qué angustia!

21

Como si estuvieran lejísimos uno del otro, y en cierto sentido lo están, intenta chiflarle otra vez (porque es el único método que conoce para ligar) pero se encuentra tan decaída, la infeliz, tan sin fuerzas, que nuevamente fracasa, oh, sí, y en lugar de un chiflido lo que sale de sus tristes labios resulta ser una brisa (ligeramente alcoholizada) llamada Carlota.

Pasa un segundo, dos.

Fulanito piensa “pobre borracha” y sigue su camino.

Sujeydi también sigue su camino, ya que la tierra no se la traga, y llega al Six y compra una caguama. ¡Otra! Sí, porque hoy, Sujeydi, en lugar de ir a la escuela se ha dedicado a beber.

Y el corolario de esta serie de penosos incidentes es que...

...NAPO, SÍ, SEÑORES, ESTÁ ENAMORADO.

¡De Carlota!

(¡De su hermana, oh, incesto!)

22 De su temperatura cálida, de lo liviana que es, de su risa, que tiene algo de acuática, tal vez porque nació bajo la lluvia. Desde luego, Napoleón la persigue y Carlota, divertida, se deja perseguir. Así pasa. Ella da piruetas, corre, se desliza y Napoleón hace lo mismo exactamente, cual vil sombra. La mera verdad es que da gusto verlos corretear así por la ciudad mojada; con qué alegría revolotean por entre los monumentos y los parques, por entre los callejones y las azoteas. Tendríamos que tomarles una foto y dejarlos así para siempre.

Pero Napoleón es ya un viento maduro (los párrafos no pasan en vano) y después de algunas horas, que para él son como años, fastidiado y agotado, pega el grito: *Stop!*

Carlota ni piensa en detenerse.

Stop!, repite Napo, resoplando.

Ella corre todavía más recio.

Stop, coño!, grita él, al borde de un paro cardíaco y se pone a llamarla: ¡ya no corras,

ven conmigo, maldición, estréllate conmigo, revolvámonos, hagamos una hermosa tempestad!

Carlota, enternecida por este llamado, da una vuelta como sólo ella sabe darla, observa a Napo durante un luminoso segundo (que él recordará para siempre), le manda un beso (muak) y: *No soy para ti*, le responde, simple y cruel.

23

Acto seguido, sale disparada contra las nubes y Napoleón, que no quiere perderla (*¡antes muerto!*) agarra fuerzas nadie sabe de dónde y ¡fiuuu! también sale disparado.

Una bala corriendo detrás de una bala, eso parecen. *Jijiji*, va riéndose Carlota. *Grrr*, va gruñendo Napoleón, que ya no sabe si la ama o la odia, pero en todo caso no deja de seguirla y para sorpresa de propios y extraños, después de algunos minutos de feroz carrera, la alcanza.

Es decir, la pierde.

Es decir... Es el problema con las brisas, queridos y desocupados lectores, viven rápido y casi no duran. Son, por principio, inalcanzables. Incluso si uno las alcanza, no las alcanza. Uno las toca y BAM: ya no existen. Esto Napoleón acaba de aprenderlo,

Carlota se le ha deshecho entre las manos (la risa leve tintinea todavía un poco, antes de extinguirse) y él no sabe qué hacer. Da pena. Acaba de perder para siempre al amor de su fugaz vida y..., qué hace uno. Un perro callejero lastimado de una pata no podría conmovernos más.

24

Estimados lectores, habría que darlo por muerto.

Preferiríamos que te murieras, Napoleón, en este instante, para que no sufieras. Muérete ya. Pero no, ¡con un demonio!, aún tenemos que verte caer.

Las pocas y rabiosas fuerzas que aún le restaban, de golpe, lo han abandonado y él cae, cae, cae como una hoja seca sobre el pavimento y una vez allí ni siquiera se molesta en hacer nada. ¡Pero nada! La lluvia lo acribilla, los carros lo aplastan, casi lo despedazan, no le importa. Es un bulto, nomás, que se deja empujar por las calles, lanzando gruñidos.

Qué coraje.

Tempestad, tempestad, tempestad, lo escuchamos repetir aún (está loquito) con su voz fría y panteonesca.

Y los panteones precisamente pasan a ser desde ahora sus lugares favoritos. Oh,

sí, los edificios abandonados y lúgubres (parecidos a espejos), los callejones grafitados (parecidos al alma de Napo), las casas vacías. ¡Los botaderos de basura! No quiere ver ni el reflejo del sol.

Tempestad, tempestad... susurra, cada vez más más más bajito, hasta que al fin se calla.

Así, en silencio, pasan los años (horas de hombre).

25

Y cuando volteamos a ver, ha caído la noche.

La noche ha escupido su gargajo negro sobre la ciudad.

Y Napoleón no es más el viento fuerte y ambicioso que alguna vez conocimos, no. Olvidémonos de él. Ahora es tan sólo un viejito amargo, lamentable y meditabundo que nada más piensa en morir y en chingar gente, aunque bueno, en eso siempre ha pensado. Es lo que sucede cuando uno vive tanto tiempo escondido en la sombra, rodeado de malos olores. La boca de Napo, si en realidad la tuviera, estaría torcida y si tuviera ojos serían los ojos más jodidamente inflamados y lechosos que hayan existido.

Nuestro Napoleón Anciano lo único que sabe es que le falta poco para morir, para

“colgar los tenis”, para “entregar los documentos” (*cof cof*, está lleno de achaques, el maldito) y como tiene el corazón podrido, como está cundido de hipotéticos gusanos, no quiere despedirse sin llevar a cabo una última crueldad.

26 *La peor de todas, huihuihui*, ríe, por fin, después de varios años de no hacerlo, pero su risa es fría y filosa y malsana.

Mírenlo. Ahí va, el tonto, con su risita, merodeando por entre las calles y los callejones, en pos de una víctima. *Huihuihui*. Las víctimas abundan, es cierto. Conejillos de indias, ratas de laboratorio, canarios, hay por docenas. Pero ésta, la víctima de la última crueldad de Napoleón, no puede ser cualquiera, desde luego que no. ¿Aquella viejita indigente? Aburrido. ¿Aquel borracho despatarrado junto a ese bote de basura? Aburrido. ¿Aquel señor de corbata? No, no, no.

Debe ser alguien que valga la pena, suspira Napo, *¡que valga la pena destruir!*, y gruñe, *acaso moriré yo solo, sin llevarme a nadie*.

La idea lo espeluzna.

Por suerte (para él, para su corazón podrido) al final da con ella, la víctima ideal.

Cuando va pasando por el malecón, por el puente de piedra, para ser más exactos, talán, la encuentra, allí está.

Es casi una niña. Está sentada en la baranda del puente, con las piernas (flacas) colgando sobre el río y la lluvia está mojándola toda pero ella no se inmuta. Los relámpagos, por momentos, le alumbran las manos y los pies (lleva Convers); el pelo negro, en cambio, como si fuera capucha, le tapa el rostro. Tiene la piel chinita, por el frío, y huele a cerveza.

Perfecto, piensa Napoleón.

Se trata nada menos que de una suicida indecisa.

Cómo se llama, no lo diremos, porque no lo creemos necesario, pero sí podemos informar que acaba de cumplir los 19, que estudia la uni (Derecho) y que en sus ratos libres escribe poemas, todos dedicados al Amor. Agregaremos que le encantan las baladas de Alfonso Alfonsín, las películas de Peter Flower y los cuentos de Isabel Malverde. Le fascina enamorarse, está claro, y sufre mucho. Tal vez por mala suerte, o porque es un poco distraída, suele entregarle su amor a tipos infaustamente guapísimos que si no

la desprecian, la engañan o la ignoran, o de plano le pegan. Un caso trágico, sin duda, por no decir patético.

Ella quiere un príncipe nomás ¿Acaso ya no quedan? ¡Alguien que venga y la bese, que le cante y le baje la luna y bueno, sí, que le meta la mano, pero con amor, con fuego! ¿Ya no existen muchachos así?

28 *No, se han extinguido*, piensa ella, con mucho dolor.

Eso es todo, gentiles lectores, allí la tenemos, bajo la lluvia, en la orilla del puente.

Las lágrimas gotean de sus ojos y caen hasta el río, igual que frutas maduras, igual que bombas, mejor dicho: BUM, BAM, revientan al zambullirse. Mismamente que una lágrima quiere desplomarse ella y decir, como dirían los franceses, *au revoir!* (traducción: ¡al carajo con todo!).

Sin embargo, no acaba por decidirse. Es como si una mano misteriosa todavía la jalara hacia la vida. Muérdese las uñas, cruza las piernas, las descruza, tararea una canción. Y no brinca.

Basta, piensa Napoleón Viejito, *Basta, esta idiota necesita un empujón, y yo se lo daré. Huiuiui.*

Reúne (pujando) sus últimas fuerzas, que no son muchas, que son casi nada y ¡fum! se abalanza (la mirada de Carlota, su primer torbellino de hojas muertas, Los Vientos Milenarios: todo pasa de repente como una película) contra la espalda tiritante de la joven poeta desilusionada:

Adiós, estúpida.

Tales han sido las últimas palabras de nuestro héroe, qué lástima (hubiéramos querido alguna frase digna y noble, pero bueno); en seguida se deshace en mil chispas de aire y listo, nadie nunca sabrá más de él.

29

Guardemos un minuto de silencio.

La muchacha, la pobre Suicida Indecisa, por su parte, allí sigue, en la baranda, con sus piernas flacas y sus Convers, excepto que la idea del suicidio ya no existe en su cabeza. Pero cómo, pensarán los gentiles lectores, cómo así.

Ocurre sencillamente que el de Napoleón fue un empujón tan mal dado que en lugar de Empujón le salió Caricia. Ocurre simplemente que al estrellarse y deshilarse contra la triste espalda de la Suicida En Espera, cada hilacha de viento vino a ser

30

como un dedo largo y metiche, y todos los dedos juntos, una mano (que podríamos calificar de principesca pero no lo haremos, por pudor), una mano, decimos, que *manoseó* y esculcó a la Poeta Kamikaze de pies a cabeza, hurgándola y (¡Jesucristo!) encendiéndole hasta sus rincones más oscuros (que nos caiga un rayo si mentimos), reviviéndola, sí, señores, resucitándola con su tacto.

A Sujeydi (*ups*, lo dijimos), conforme la caricia progresaba, la fueron inundando unas ganitas tontas, absolutamente idiotas de vivir y hasta una sonrisa espontánea, obscenamente abierta, irrumpió en el campo árido que fue su rostro, hasta ese momento.

Quitándose la cortina de pelo del rostro (tenía los ojos escurridos), pensó: *¡maldición, si me mato nunca volveré a sentir una caricia como ésta!*

Y BRUM, retumbaron las nubes, comenzó a llover más recio..., la lluvia, de hecho, acabaría en inundación y toda Villahermosa quedaría sepultada por el agua, pero esto, aunque sería bastante divertido de contar, ya no tenemos tiempo de contarlo, ni viene al caso.

El Caso es que, luego de haber tenido aquel Gran Pensamiento, (entre alegre por no haberse matado y abochornada por la misma razón) Sujeydi se apartó de la baranda, puso los pies en el suelo, tomó su mochila (en el interior de la cual se produjo un tintineo de botellas) y caminó hasta su casa.

En el trayecto, mientras brincoteaba entre los charcos que pronto serían ríos, en su mente fue redactando un largísimo poema, romántico, para variar, intitulado “Napoleón El Buena Onda”, que trataba, como ya pueden imaginar los amables y suspicaces lectores, de un viento chiquito y temerario y villahermosino cuyo único propósito en la vida era salvar la de cientos de miles de personas desilusionadas que querían matarse por amor.

Y así.



DEPARTAMENTO
editorialcultural



Dr. José Manuel Piña Gutiérrez
Rector

Dra. Dora María Frías Márquez
Secretaria de Servicios Académicos

Ing. Miguel Ángel Ruiz Magdónel
Director de Difusión Cultural

Lic. Luis Alberto López Acopa
Jefe del Departamento Editorial Cultural



Esta obra se terminó de imprimir el
1 de septiembre de 2015, con un tiraje de 1500
ejemplares. Impreso en Yax-Ol S.A. de C.V. Calle:
Corregidora Josefa Ortiz de Domínguez Núm. 121, Col.
Centro, H. Cárdenas, Tabasco, México. El cuidado de
la edición estuvo a cargo del autor y del Departamento
Editorial Cultural de la Dirección de Difusión Cultural y
el Fondo Editorial Universitario.